

nos<sup>19</sup>: la misma se reproduce en las pinturas halladas en los sepulcros de los reyes en Tebas, no dejando duda alguna, dice el Barón de Humboldt, de que los egipcios practicaron estos sacrificios<sup>20</sup>. Muestras de ellos se reconocen en los escombros que cubren la isla de *Phila* ó *Phihoe*, cuyos acabados relieves y cincelados mármoles nos hacen retroceder, en los más modernos, un período de cinco mil años<sup>21</sup>. En fin, la antigua y misteriosa India nos presenta en el collar de cráneos humanos que adornan el cuello de la diosa *Cáli* ó *Bhávani*, así como también en las esculturas de *Elephantina*, la práctica de las tremendas lecciones contenidas en sus libros sagrados<sup>22</sup>. Por lo que toca á los pueblos que llamaré modernos, considerándolos como la almáciga ó el tronco de donde brotaron las naciones que hoy llevan la bandera de la civilización, es muy fácil probar con su misma historia, que ni uno solo de ellos ha escapado á aquel bautismo de sangre, cual si este formara uno de los necesarios eslabones de la cadena social, que ninguno tendría el privilegio de saltar<sup>23</sup>.

Conducida la cuestión á este punto, uno se encuentra autorizado para repeler el sistema que hace incompatibles los sacrificios humanos con la cultura intelectual y moral, pues en la historia, y lo que es más, en los monumentos, se encuentran pruebas irrefragables de que los pueblos que los han usado no

19 Chardin, Voyages en Perse &c., vol. IX, pág. 53 y sig., edic. in 12°. 1711.

20 *Vues des Cordilleres* &c. Planch. XV, vol. I, pág. 269, in 8.

21 *Histoire scientifique et militaire de l'expédition française en Egypte*, vol. V, ó III, cap. I,—in 8. 1832.

22 *Vues* &c., loc. cit. p. 256.—“El placer que causa á la divinidad el sacrificio de una tortuga,” dice la ley del Indostan, “solamente le dura un mes; el que recibe del sacrificio de un cocodrilo, dura tres meses; una víctima humana le causa un placer de mil años, y tres, un placer de cien mil”. De la *Religion considerée dans sa source* &c., por B. Constant; lib. XI, cap. 2, in 8. 1831.—Es probable que así hayan discurrido todos los pueblos desde el momento en que les ocurrió salpicar con sangre las aras de sus dioses, sin que fuera bastante á contenerlos otro poder que el emergente del abuso mismo del sacrificio.

23 Para no fastidiar á mis lectores con la lectura insípida de un mismo hecho, variado solamente con los nombres propios de pueblos, lo remito al capítulo citado de B. Constant y al lib. VII de la *Monarquía indiana* del P. Torquemada, donde hallará una gran parte de las pruebas que podían producirse en apoyo de esta proposición.

solo caminaron rápidamente de progreso en progreso, sino que también los practicaron en su época de mayor esplendor y de más elevada civilización; añadiré, que la misma historia prueba, que la profusión y el refinamiento del sacrificio crecía en la misma proporción, ó caminaba á paso igual que la civilización. Siendo éste el hecho, como efectivamente lo es, la tarea del historiador filósofo es explicarlo y no destruirlo, pues de lo contrario se espone á falsear la historia, á estraviar la razón, y en todos casos á ser injusto con el pueblo que se propone juzgar. Los sacrificios, sea cual fuere su especie, y especialmente los humanos, muy lejos de probar la parálisis intelectual y moral de un pueblo, son el indicante más seguro de que se encuentra en una vía avanzada de progreso<sup>24</sup>.

Confieso que al trazar estos últimos renglones, he sentido estremecerse la pluma en mi mano, porque en el estado de nuestras costumbres, en nuestro blando clima, y lo que es más en la declinación actual de nuestra caduca y degenerada naturaleza, la sensibilidad es más poderosa que la razón, y se prefiere ser pusilánimes á trueque de no pasar por inhumanos. Sin embargo, es preciso recordar que aquí se versa una cuestión de filosofía y no de humanidad, que exige ser juzgada con la cabeza y no con el corazón; debe, en fin, recordarse que aquí no se trata de recomendar la una á espensas de la otra, sino únicamente de esponer con lealtad y con buena fé los hechos tales cuales acaecieron, y de dar á conocer las causas naturales que pudieran producir los que, á primera vista, se presentan con el carácter de una paradoja ó de un aborto. Esa explicación la dá, en mi juicio, la naturaleza misma desde el momento en que se le interroga con calma y despreocupación.

Sea cual fuere el sistema que se adopte para determinar el origen primitivo del culto religioso, se encontrará en definitiva, que él procede de la esperanza, del afecto ó del temor, y que

24 El lector me hará la justicia de creer que ni esta ni otras proposiciones semejantes, llevan un sentido absoluto, sino relativo, según lo que resulta de la comparación entre los diversos estados sociales porque haya pasado un mismo pueblo. El problema es: si acaso los sacrificios humanos solo se han practicado cuando los pueblos llegaron á un cierto estado de progreso *respectivo*; y si por haberlos admitido, se quedaron estacionarios.



en estos casos, así como en el de toda afección viva y profunda, es inseparable de ella la idea del sacrificio. Esplanando *B. Constant* este pensamiento, en su relación con el amor, observa muy justamente, que esta pasión se complace en inmolar al ser de su predilección, cuanto tiene de más caro, llegando en el refinamiento de su exaltación hasta someterse á las más duras privaciones y crueles padecimientos<sup>25</sup>. El elocuente conde de *Maistre*, siguiendo otro rumbo, conviene en la misma idea, asentando como proposición fundamental de su sistema: que la historia nos presenta al hombre penetrado siempre de esta terrible verdad: *Que vive bajo el dominio de un poder irrisado, y que los sacrificios son los únicos medios que pueden aplacar este poder*<sup>26</sup>.

En efecto, la historia de los progresos del entendimiento humano nos enseña que, en la infancia de las sociedades, la progresión y el anhelo del hombre hácia el sacrificio, caminan en razón directa de sus adelantos intelectuales, y que así continúa llevándolo de refinamiento en refinamiento, hasta llegar á un punto del cual comienza á retroceder, siguiendo entonces la razón inversa de los progresos que hace su inteligencia. Para reconocer toda la fuerza de esta verdad, ocurramos al estado salvaje, tomando al hombre al salir de las manos de la naturaleza y acompañándolo en su carrera. El salvaje que tributó un simple culto de veneración á una piedra informe, á un tronco, ó á un animal, con este solo hecho se manifestó más inteligente que el que nada adoraba. Le es superior el que levanta una ara de piedras brutas, ofrendando en ella la yerba del campo; y á éste se adelantó ya infinitamente, el que parte su escaso alimento entre sus hijos y su fetiche. Ya desde aquí comienza á revelarse la idea del sacrificio; y como el progreso es una calidad inherente á todas las instituciones humanas, aquel continúa recorriendo la escala ascendente de las abstinencias, de las maceraciones, y en fin de todos los tormentos físicos y morales, hasta llegar á la espontánea inmola-

<sup>25</sup> *De la Religion &c.*, lib. II, cap. 2, vol. 1, pág. 250.

<sup>26</sup> *Aclaración en materia de sacrificios*, cap. 1, en el apéndice de las *Veladas de S. Petersburgo*; trad. cast. Valencia, 1832, in 12°.

ción, no solo de los extraños, sino aun de los propios hijos. Este exceso en que algunos ven la muestra de la degradación intelectual y moral; característica de la vida salvaje, la sana filosofía lo considera, por una parte, como el efecto natural é inevitable de la cultura de la institución misma que, llegada á este punto, presenta como sacrificio más meritorio, aquel que sea más caro y doloroso<sup>27</sup>; y por la otra, como una exageración del sentimiento religioso, que aunque parezca absurda, nunca deja de ser heroica ni sublime; porque el espectáculo de un padre inmolarlo á su hijo en las aras de la divinidad, descubre una fortaleza de ánimo tan estupenda, que solo puede comprenderse presuponiendo una inmensa serie de esfuerzos intelectuales y morales bastante poderosos para ahogar el penetrante grito de la naturaleza. *Bruto* pudo presenciar impasible el suplicio de sus hijos, porque la voz de la pasión que habla en nombre de la patria es más poderosa que la de la naturaleza; mas *Jesté* rasgó sus vestiduras al simple recuerdo de su imprudente voto, y no consumió sin arrepentimiento el sacrificio, aunque lo creía inspirado por Dios.

La variedad de formas que aquel ha revestido en los diversos pueblos que lo han adoptado, manifestándose en unos extravagante, en otros absurdo ó monstruoso, y probando en todos que esas formas no son más que un refinamiento en el sacrificio, como las llama *B. Constant*, convencen de la exactitud con que este escritor ha dicho: *Rien n'est plus terrible que la logique dans l'absurdité*. En efecto; los sacrificios humanos, que en su origen pueden haber sido una especie de ejecución de justicia, como lo dá á entender *César*<sup>28</sup> de los practicados por los Galos, y lo dice nuestra historia respecto de los toltecas; muy pronto se estendieron al de los enemigos, sino es que, como yo me inclino á creerlo, por aquí comenzaran<sup>29</sup>. Tal es

<sup>27</sup> *De la Religion &c.*, lib. II, cap. 7, p. 348.

<sup>28</sup> *Supplicia eorum, quæ in furto, aut latrocinio, aut aliqua noxâ sint comprehensi; graviora diis immortalibus esse arbitrantur: sed cum ejus generis copia deficit, etiam ad innocentium supplicia descendunt.*—*De bello gallico*; VI, 15. Edic. de Clarke, Lond., 1720, in 8.º.

<sup>29</sup> El conde de *Maistre*, que solo ha examinado este punto bajo el aspecto meramente místico y moral que presenta el sacrificio, considerado como la prác-



el origen que se reconoce en el primero que hicieron los mexicanos<sup>30</sup>, salva la fábula de los milagrosamente sacrificados por *Huitzilopochtli*; y tal es también el que se descubre por la etimología, en la denominación dada á las ofrendas depuestas en las aras de la deidad; pues las palabras *victima* y *hostia*, despiertan naturalmente las ideas de la victoria, de la violencia y del sometimiento de un enemigo por la fuerza;

*Victima, quæ dextrâ cecidit victricis, vocatur*

*Hostibus amotis hostia nomen habet*<sup>31</sup>.

Si del mero espectáculo ó ejecución material del sacrificio, en que algunos solo quieren ver la satisfacción del odio ó de la venganza, pasamos á escudriñar la intención que ha dirigido al oferente, uno descubre al momento, que él no es mas que un medio de manifestación, y también la manifestación misma, del pensamiento que ha ministrado el primer germen de todas las religiones, de todos los cultos y de todos los sistemas filosóficos que han pululado en el periodo que separa el estado sal-

tica de los dogmas católicos que admiten la reversibilidad de los méritos y la sustitución de las víctimas expiatorias, opina que los sacrificios humanos debieron comenzar por los delincuentes, cuyo suplicio, según las creencias dominantes, era sumamente acepto á la divinidad. Y como de la doctrina de la sustitución, añade, es inseparable la idea de que la eficacia del sacrificio es proporcionada á la importancia de la víctima; de aquí es que los hombres no han tenido que dar ya sino un paso desde el culpado al enemigo, porque todo enemigo fué culpable, y para mayor desgracia, todo extranjero fué enemigo, cuando hubo necesidad de víctimas. Así se explica como el hombre ha podido llegar, por un procedimiento rigurosamente lógico, hasta el sacrificio de sus hijos y del suyo propio. (Aclar. en materia de sacrificios, cap. 2.)

<sup>30</sup> Torquemada, lib. II, cap. 10.

<sup>31</sup> Ovid. *Fast.* I, 335; cum varior. *Amstel*, 1702, in 8.º.—Heinsius lee *hostibus á domitis &c.*, añadiendo algunas observaciones etimológicas que Juan Rosin ha ampliado en sus *Antigüedades Romanas*, en las siguientes palabras: *Sacrificium, inquit Isidorus, est victima, et quæcumque in ara cremantur. Victimæ vero, sunt sacrificia, quæ post victoriam devictis hostibus immolabantur sic dictæ, quod vi ictus percussæ caderent, aut quod vincitæ ad aras ducerentur* ..... *Festus: hostia inquit, sacrificium quod Laribus immolabant, quod ab illis hostes arceri putabant. Alibi dicit hostias ab antiquo verbo hostio, quod ferio significat, dictas esse.*—(Antiquit. Roman. corpus absolutis; lib. III, cap. 33, cum not. *Dempster*, in fol. m. 1620. Aurel. Allobr.)—Este escritor lee en el pasaje anterior de Ovidio:—*hostibus á victis &c.*

vage del de barbarie. El odio que dividía á los pueblos se hizo estensivo á sus respectivas deidades; y revistiendo á éstas de sus propias pasiones, como hoy todavía revestimos á Dios de las nuestras, decidieron que las unas eran enemigas de las otras, y que solamente podían complacerlas y aplacarlas como ellos quedarían complacidos y aplacados. Por eso en todos los sacrificios de esta clase, el rito mexicano escigia que el sacerdote libara la sangre, aun caliente, de la víctima en los labios de *Huitzilopochtli*, y que le ofreciera su corazón todavía palpitante; y por eso los hebreos asolaban á sangre y fuego las ciudades y los pueblos heridos con el anatema de *Cherem*, mirando como una impiedad, que se compurgaba con horribles calamidades, la menor compasión otorgada á los vencidos. En todos estos casos la inmolation y la devastación, ménos que el efecto del odio y de la venganza, eran un verdadero culto religioso inspirado por las mismas creencias ó dogmas, entónces en germen, que hoy forman la basa de las religiones mas cultas.

La religion nació entre los sepulcros, decia *Chateaubriand* en uno de sus raptos poéticos<sup>32</sup>; y bien pudo añadir que ellos fueron igualmente la cuna del dogma sublime de la inmortalidad del alma, que la barbarie desfiguró muy pronto con sus prácticas horribles, y que despues embelleció la inteligencia con sus prestigios. Una vez que hubo el hombre elevándose hasta la concepción de aquel dogma, debieron naturalmente ocurrirle las mismas dudas que debatió la ciencia desde *Pherecides* hasta *Platon*, y que el orador romano se propone resolver en el primer libro de sus cuestiones *Tusculanas: qué es el alma; en qué parte del cuerpo reside; á dónde vá despues de la muerte.* Esta discusión lo condujo naturalmente al dogma de la *metempsicosis*, ó trasmigración de las almas, el mas antiguo de los conocidos, y que, vista su universalidad, uno tiene derecho

<sup>32</sup> Los antiguos comprendían los *sepulcros* en el número de los *templos*, reputándolos también como edificios consagrados á Dios. En este sentido dice *Dempster* (*Antiq. Rom.*, lib. II, cap. 2. *Paralip.*) que debe entenderse aquel pasaje de Virgilio:

*Præterea fuit antiquo de marmore templum  
Conjugis antiqui.*



para considerar su idea como inherente á la naturaleza humana, cuando el hombre ha llegado á un cierto estado social. Ese dogma formaba la basa de la religion de los egipcios; se reconoce en la de los hebreos<sup>33</sup>; subiste en las antiquísimas de la India; los poetas griegos y romanos lo cantaron en sus versos; y el fin se encuentra en las creencias de todos los pueblos del mundo que no son enteramente salvages.

Como ni el carácter peculiar de este escrito, ni la estension limitada de una nota, permiten descender al ecsámen de los numerosos sistemas filosóficos, creencias populares y prácticas supersticiosas ó absurdas que han emergido de las investigaciones relativas á la esencia, asiento y último destino del alma; limitándome á mi asunto, observaré, que uno de los primeros frutos que cosechó el hombre de este su inmenso progreso intelectual, fué un fruto de maldicion; porque el dogma de la inmortalidad, corrompido por las falsas nociones de la *metempsícosis*, le inspiró la idea de la ANTROPOFAGIA, que mas adelante convirtió en un culto de religion y de amor; así como en otros pueblos, ó en el mismo bajo un estado social mas perfecto, quedó proscrita por los mismos principios que á su vez habian consultádose para establecerlo. Diríase al meditar sobre este flujo y reflujo de las opiniones humanas, que el hombre, cual los animales rumiantes, no hace mas que preparar ó quebrantar el grano que le arrojan las generaciones pasadas, legando el mismo encargo á las venideras.

La muerte es el centro de todas las conjeturas religiosas, y cuanto mas prócsimo se encuentra el hombre del estado salvage, ménos dispuesto está á creer en su total destruccion. Dificil es determinar las primeras ideas que despertó en la mente el espectáculo de la muerte; mas no cabe duda en que todos los pueblos la vieron como una ausencia, mas ó ménos larga, que abria la era de una nueva vida; imaginándose tambien que su espíritu continuaba esclavizado por las mismas necesidades vitales, y, segun los negros de la *Costa de Oro*, aun ocupado

33 Cuando apareció Jesucristo en medio de sus incrédulos compatriotas, unos le tenian por Juan Bautista, otros por Elías y otros por Jeremías ó alguno de los Profetas. (Math. XVI, 14). Herodes dijo: *Este es aquel Juan que yo degollé.* (Marc. VI, 14).

en las mismas profesiones que habia ejercitado en la tierra<sup>34</sup>. De aquí procedia esa práctica universal, y sin escepcion, de las ofrendas de sustancias alimenticias que todos los pueblos acostumbraron poner sobre los sepulcros, imaginándose que las almas venian á consumirlas. Esta creencia misma, limada y repulida por la terrible lógica de la barbarie, inspiró despues la idea de los sacrificios sangrientos de hombres y de animales, que en toda la antigüedad se hicieron á la muerte de los reyes ó de los magnates. Los pueblos del viejo mundo inhumaban con el cadáver del guerrero sus armas y sus mas estimadas preseas, é inmolaban sobre su sepulcro, sus caballos de batalla y sus mas fieles servidores; llevando despues su solicitud hasta darle por compañeros, al que le habia libado la copa, al que le habia servido el plato, al escudero que le calzó la espuela y á la favorita que hizo sus encantos; todo con el designio de endulzarle las fatigas del largo viage, y de instalar al difunto en la otra vida con la comodidad y lustre propios de su rango<sup>35</sup>. Estas mismas prácticas, y por los mismos motivos, observaban los mexicanos y michoacanos en los ritos funerarios de sus reyes y magnates<sup>36</sup>. Los ménos acomodados llevaban consigo sus armas, ropas, y la compañía absolutamente necesaria, de un perro de pelo rojo ú alazan, pues en él debia pasar á nado el *Chicunahuapan*, ó Aqueronte de los mexicanos<sup>37</sup>.

Estos sistemas que habian llenado la mente del hombre en la alborada de su razon, le parecieron del todo insuficientes y aun insensatos, cuando se sintió iluminado por su crepúsculo. Es probable que la integridad de las ofrendas ó el descubrimiento de su clandestina desaparicion por seres humanos, produciendo aquel desengaño, condujera á nuevas investigaciones en pos de otro sistema que no pudiera destruir la mano del hombre, y que diera por resultado la prolongacion de la vida despues de la muerte, pero sin desasirse enteramente de la tierra,

34 Hist. general des Voyages &c., vol. XIII, pág. 448, in 12.

35 Herod., IV, 71 y 22.

36 Torquemada, lib. XIII, cap. 45 y 46.

37 Ibid., cap. 47.—Sahagun; *Historia general &c.* Apéndice del lib. III, cap. 1.



en la cual únicamente se concebía la idea de la suprema bienaventuranza.

De este nuevo y atrevido esfuerzo de la inteligencia nació el dogma de la metempsícosis, que forma la basa de todas las religiones antiguas y que se descubre en las creencias de todos los pueblos aun semi-bárbaros. Inocente é inocuo en su cuna, se le ve revestir algunas formas morales bajo las creencias de los mexicanos, que admiraban en el brillante *colibri*, en el esmaltado *Quetzal* y en las otras aves que llamaban de *rica pluma*, el alma de los guerreros privilegiados que habitaban en la casa del Sol<sup>38</sup>; comenzó á ser peligroso bajo las creencias de los Galos, que daban y recibían dinero á volverlo en el otro mundo<sup>39</sup>; fué ya corruptor cuando sirvió de basa á la escuela sensual que lo esplicaba como una simple trasformacion<sup>40</sup>; en fin, ese dogma no fué una institucion verdaderamente social y moral, sino cuando el genio sublime de Platon sacó de ella su sistema de penas y recompensas, trasmigrando las almas de los perversos al cuerpo de los mas inmundos animales, en castigo de sus crímenes<sup>41</sup>.

El progreso que se hiciera en estas disputas metafísicas debía influir necesariamente en la parte material de los ritos funerarios, que hasta cierto punto podían considerarse como su sujeto, los cuales, en efecto, se amoldaron á los adelantos y preceptos de la ciencia. Los egipcios, que profesaban el dogma de la metempsícosis, y que creían en la reversion del alma, ó mejor dicho, de la vida al mismo cuerpo, pues juzgaban que la alma no se desprendía enteramente de él mientras no se destruyera por la corrupcion<sup>42</sup>, dirigieron todos sus conatos á la conservacion de los cadáveres, legándonos como pruebas de su ciencia y de su inmenso poder, sus pirámides inmortales

38 Torquemada, cit. cap. 48.—Sahagun, ibid., cap. 3.

39 Valer. Maxim., *Factor. memor.*, lib. II, cap. 6, § 10.

40 Ovid. *Metamorph.* XV, v. 153 y sig. *cum varior.*—Pitágoras decía acordarse que su alma había ocupado otros cuatro cuerpos; uno de los cuales, con el nombre de *Euphorbo*, había muerto al pié de las murallas de Troya, traspasado por la lanza de *Atridas*.

41 Plato, in *Timeo*; et de *Anima mundi*; vol. III, pág. 91 y 104, edic. grec-lat. de Henr. Stheph. 1578, in fol.

42 Goguet; *Origine des lois &c.* Epoque 1er, lib. III, art. 3. al fin.

y sus momias incorruptas. En los otros pueblos donde la aniquilacion física no se consideró un obstáculo para la regeneracion espiritual, solamente se trabajó para escogitar el medio mas preferible de destruccion; y como en esta parte la imaginacion, el afecto y la vanidad tenían un campo inmensurable en que esplayarse, las ecsequias revistieron las infinitas formas que median desde lo mas inmundo hasta lo mas sublime, bien que conservando en todas, sin escepcion, el tipo de un culto de religion y de amor.

Aunque la inhumacion y la incineracion han sido los medios mas universalmente practicados para los funerales, se encuentran muy lejos de ser los únicos, pues regulándose, como ya dije, por el capricho ó por la pasion, cada pueblo adoptó aquel medio que mejor cuadraba con sus ideas y con sus percepciones. Algunos, ya fuera por el sentimiento mezclado de horror que inspira la vista del hijo, del padre ó de la esposa desbaratándose por la putrefaccion; ya porque se imaginaran que la vida era el mas digno y honroso sepulcro que pudiera darse á la muerte, ó ya por alguna de las ideas de *trasfusion* con que suele encontrarse aliado el dogma de la metempsícosis; ello es que esos pueblos prefirieron para su sepulcro ó las entrañas de los peces, ó las de las aves, ó las de las fieras, ó las de animales que domesticaban y mantenían con este solo destino<sup>43</sup>. Una vez colocados en esta pendiente, era necesario, que discurrendo con la lógica con que habían discurrido en materia de sacrificios, llevaran el refinamiento de las ecsequias hasta el absurdo. Si el vientre de una fiera, dirían, es un digno y honroso sepulcro, mas lo será el del animal doméstico, que forma, por decir así, una parte de la familia; y mas todavía el del hijo, el de la esposa, el de los parientes y amigos del difunto. ¡Hé aquí como el canibalismo puede velar sus horribles formas con un cendal de religion y de amor!...

Esta no es una solucion que yo invento para eludir la dificultad, sino un sistema que espongo, deducido de las pruebas

43 Pomey (*Libitina seu de funeribus*, cap. VI, § 2.) y Rossino (*Antiq. Roman. &c.*, l. V, cap. 39, *Paralipomena*), han recopilado un gran número de noticias sobre esta materia.